

«Yo estaré contigo»

El lugar de la *experiencia de Dios*

El desierto ciertamente es el lugar de la *experiencia de Dios* por excelencia. Pero puede que en nuestro lenguaje sobre la experiencia de Dios haya un equívoco: corremos el riesgo de plantear la «experiencia de Dios» como algo que depende de nuestra iniciativa o como una técnica en la que nosotros somos sujetos. Sin embargo, quizá la perspectiva sea justamente la contraria: en la Escritura —sobre todo en el desierto— no es el hombre quien *hace experiencia* de Dios, sino que es Dios quien, a lo largo de toda la historia de la salvación, *hace experiencia del hombre* (von Balthasar). No se trata de una experiencia *sobre* Dios, sino *de Dios* en cuanto es él mismo quien la lidera: Dios es sujeto, no objeto. El desierto es el lugar donde Dios nos libera, nos despoja; él busca al hombre y le dirige la palabra, le ofrece signos y lo escruta, le regaña y lo seduce; a veces lo castiga.

El tiempo de la prueba

Pero, ante todo, en el desierto, Dios somete al pueblo a la *prueba*. La intensidad máxima de la experiencia *de Dios* es justo el momento de la prueba. La sed, el hambre, el despojo de toda seguridad. Y la prueba más grande, el silencio (aparente) de Dios. Fue la queja de Israel en su éxodo: «¿Está Dios con nosotros o no?» (Éx 17, 7).

Parece que hoy no esté de moda hablar de la *prueba de la fe*, pero la Escritura no oculta que Dios también pasó a su pueblo en el desierto por el crisol de la prueba. Y pasa hoy a sus amigos por el mismo crisol. Abraham, Jacob, Job, el mismo Jesús, pasan por ella. Sin duda —como venimos repitiendo— Dios es amigo, *el mejor amigo*, pero la amistad con Dios en las Escrituras santas pasa por una relación que no es siempre pacífica, sino que prevé la lucha con él y el choque con sus tremendas pretensiones sobre el corazón humano.

Con frecuencia nos vemos de pronto lanzados al desierto, no por voluntad propia, sino obligados a descubrirlo como lugar de encuentro con Dios, de tentación, como la experimentó el pueblo de Israel o el mismo Jesús: la tentación en el desierto no es «poética», es real. Se trata de asimilar la *prueba* como paso de Dios, como *lucha* con él y como *rendición final e incondicional* a sus caminos.

La *prueba* puede ser la manera bíblica de llamar a la *crisis*, a esa sacudida de los valores que sostienen la existencia que nos golpea a todos en algún momento. La crisis puede llegar por muchos caminos: por el fracaso de los propios proyectos, la dificultad económica, la enfermedad, la oscuridad de la fe, el laberinto de los sentimientos... La crisis sanamente atravesada nos otorga una nueva visión de Dios, de las cosas, de uno mismo. Pero esa lectura, en la mayoría de los casos, solo se puede hacer *después*, pasada la crisis, atravesado el desierto: uno sigue viendo que el sufrimiento que vivió era verdad, pero experimenta la sensación de que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia». El desierto es el lugar en que el creyente, a pesar de las dificultades, del despojo, siente aquella certeza que atraviesa toda la Escritura: «Yo estaré contigo».

El lugar de la alianza

Al final el desierto es el lugar del cortejo —«la llevaré al desierto» (Os 2, 16)—, de la alianza sponsal, de la auténtica *experiencia* de Dios, que funde sus caminos con los caminos de Israel, algo que el pueblo —ningún creyente— podría haber ni soñado por sí mismo: «Te desposaré conmigo para siempre, te desposaré en justicia y en derecho, en amor y en ternura; te desposaré en fidelidad y tú conocerás al Señor» (Os 2, 21-22). Yavé sella la alianza, *suelda* su vida con la vida de su pueblo, no como un trato entre iguales, sino como pura gracia, *enamorado* no del más grande, sino precisamente, del «más pequeño de todos los pueblos» (Dt 7,7).

El desierto y la cruz de Jesús

La cruz es —podríamos decir— la auténtica «experiencia del desierto» de Jesús, el lugar del despojo, de la prueba, del silencio del Padre. El lugar definitivo de la alianza de Dios con nosotros.

Hablamos estos días de llevar «las marcas de Jesús». La configuración del sacerdote con Cristo es ante todo *pasiva*, porque es gracia, porque es principalmente acción de Dios en nosotros. Todo lo que se vive pasivamente en la vida nos hace entrar en el plan de Dios, nos abre al misterio de la cruz.

Dos actitudes de Jesús en la pasión

En la Pasión Jesús apenas habla. Jesús no se queja, no contesta mal. Aunque tiene razón, no dice nada para defenderse, apenas cuando le preguntan. En el fondo, el **silencio** de Jesús es expresión de la única respuesta válida al mal que nos hacen: el amor como única solución al desdén recibido.

Y la segunda actitud, la **confianza** en el Padre. El gran drama de la Pasión no son los clavos; es el aparente silencio de Dios. Jesús se queda solo; el Padre *parece* desaparecer de la historia. Y, sin embargo, Jesús confía. Hasta en el momento de la máxima oscuridad en la cruz —*por qué me has abandonado*— se sobrescribe de confianza —*a tus manos encomiendo mi espíritu*—.

Dos actitudes para contemplar la pasión

Con **seriedad**, con hondura: como quien acompaña a un amigo que está pasando por momentos difíciles, por un trance injusto. Nos jugamos mucho en la entrega de Jesús, porque él se juega mucho.

Y ojalá, sobre todo, con **agradecimiento**. Alguien, Jesús, ha dado la vida *por mí*. Esa es nuestra principal certeza. El Señor se entrega por cada uno. Para él somos tan valiosos que *nos regala* su propia vida. Nuestra vida es valiosa porque Jesús ha pagado un precio alto por ella. A Jesús no le sale gratis nuestra amistad. Entrega la vida por conservar esa amistad, por unirnos para siempre con él y con el Padre. Así somos de importantes para él. Y la mejor respuesta es dar las gracias.